

Lo espontáneo y lo reflexivo en la moral (*)

Afirmación cartesiana

Descartes ha barruntado la existencia del *factum* prefilosófico de la existencia del etos pero no ha llegado a descubrirlos adecuadamente. Lo ético se da vivencial y existencialmente antes de que la reflexión filosófica pueda eidénticamente abstraer la consideración de su naturaleza.

Mientras se elabora especulativamente la ciencia moral como ciencia de la vida del hombre no puede detenerse su existencia. La esforzada elaboración sistemática de la ética no puede determinar un paréntesis en el hecho de la vida; es necesario vivir y vivir con cierta regla y orden que armonice y haga ordenada y lúcida la vida en sí misma y que evite el choque violento con las vidas ajenas en las relaciones sociales. Ahora bien, para el filósofo francés la existencia humana no puede quedar como suspendida y en paréntesis hasta tanto la esforzada y paciente investigación alcance el conocimiento reflexivo sistemático y por ende científico, de lo ético. De ello se deriva la necesidad de adoptar, agrega, un cierto número de *máximas provisionales* con arreglo a las cuales pueda mensurar y reglar su conducta ética en espera de una elaboración rigurosa y clara de este saber práctico. Esta moral provisional y precientífica está vestida por Descartes en los siguientes apartados o regulaciones provisionales de lo ético:

1^o La primera consiste en obedecer a las leyes y a las costumbres de mi país conservando constantemente la religión en la que Dios me ha hecho la gracia de ser instruido desde mi infancia y gobernarme en toda otra cosa siguiendo las opiniones más moderadas y más apartadas del exceso y que sean de ordinario reconocidas y practicadas por los más prudentes de mis ciudadanos...» (3).

(*) Conclusión del estudio publicado en *ESPIRITU* de (1955) 188 - 194, del Catedrático de Ética en la Universidad, Dr. Ignacio Alcorta.

(3) DESCARTES. *Discours de la Méthode*, cap. III. Adam et Tannery, París.

2º «La segunda, en ser lo más firme y resuelto en las acciones que dependiesen del poder de cada uno en seguir sin vacilación incluso las opinables una vez decidido a ellas» (4).

Descartes propone una serie de reglas pragmáticas y provisionales hasta tanto pueda organizarse una moral definitiva pero más bien se fija en una casuística y no se da cuenta que en la esfera misma de lo prefilosófico hay aspectos absolutos en que se revela el hecho moral.

«La tercera regla —agrega Descartes— consiste en procurar siempre y en todo caso más la propia convicción que la de la fortuna y cambiar antes mis deseos que el orden del universo acostumbrar a la idea de que no hay nada que esté en nuestro poder, excepto nuestros propios estados de conciencia» (5).

En estas formulaciones Descartes parece ignorar el valor absoluto del deber ético y oscilar en las sinuosidades de una praxis encaminada a una conducción de la vida en el sentido relativo de un cierto éxito.

«Por último, como conclusión —dice Descartes—, creí conveniente hacer una revisión de las ocupaciones del hombre en esta vida, para procurar hacer la mejor elección posible...».

Descartes, en el embozo de su ética provisional, parece ignorar la dimensión auténtica de la misma y ni siquiera en el plano prefilosófico en que se sitúa logra penetrar en el valor más característico y universal del «factum» de la moralidad. Efectivamente hay al menos un núcleo central dentro del campo de lo moral que enuncia principios universales y absolutos para toda conciencia humana. Lo dificultoso es hacer derivar la luz de los principios hacia las zonas contingentes y multiformes de la conducta humana abocadas a una casuística imprevisible y previamente inabarcable.

Hemos visto como Descartes no analiza fenomenológicamente de una manera adecuada la naturaleza del hecho moral ni repara en aquel carácter de absoluta y necesidad que tiene en su raíz última, al menos en su núcleo más característico y fundamental.

Es el hecho mismo moral prefilosófico el que nos presenta al paso de otros ingredientes más vacilantes y ondulantes, como luego veremos, una armadura interna de valor absoluto y en cierto modo incondicionado. La filosofía no puede sino repensar «in actu signato» en este caso lo que ya está dado «in actu exercito», es decir, volver la reflexión envolviendo al dato existencial primero, de lo ético. Luego vendrá de ahí el descubrimiento de una fundamentación que tampoco es creación o posición del dato mío, ahondamiento racional y casual de él.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

Mera alusión al factum en Kant

Una mera alusión ejemplificativa al factum de la moralidad en Kant bastará en este vértice, pero no en el sentido en que él utiliza esta palabra sino en el sentido prefilosófico en que también él la toma cuando apela a la conciencia moral vulgar.

En Kant también el factum es un descubrimiento de algo que pertenece a la conciencia, pero en él no se dan las dos perspectivas posibles, la espontánea y la reflexiva. El descubrimiento del factum es rápidamente interpretado en parte valiéndose de las líneas generales del sistema en parte de una forma nueva. Esta interpretación acoplada artificialmente no permite en primer lugar fijarlo y describirlo. Es levantado inmediatamente desde su perspectiva espontánea a un problema sin génesis metafísica.

Pero el hecho de que a Kant las dos maravillas que le asombraban fuesen el cielo estrellado y la conciencia moral como hechos previos al reflexionar filosófico arguye claramente que el factum de lo ético existía también para él, no de la forma precisamente como él lo fundamenta.

Es evidentemente una interpretación de un dato anterior la que Kant verifica cuando Kant no sólo admite la aparición de la ley moral en la conciencia sino que llega a formular su significación esencial. «La conciencia de esta ley fundamental puede ser llamada un hecho de la razón, no porque se la pueda deducir por razonamientos de datos precedentes de la razón, por ejemplo de la conciencia, de libertad (porque esta conciencia no es dada antes) sino porque ella se nos impone por sí misma como proporción sintética y no tiene su fundamento en ninguna intuición, ni pura ni empírica».

Vemos pues que en las anteriores palabras no hay sólo una constatación de un hecho sino una interpretación.

A mayor abundamiento como ha hecho notar muy agudamente Scheler, Kant ve la dimensión de lo ético anteriormente a la fundamentación de ello.

Bien es cierto que para construir la moral no se ha servido de ningún factum modélico como ser sirvió para construir la crítica de la razón Pura y singularmente para averiguar la estructura posible de toda ciencia válida.

La dimensión primaria de lo ético es como dijimos espontánea y posteriormente cabe clasificarla e incluso iluminarla por la reflexión. Kant apenas subraya el primer momento sino que desde el principio pasa a situarse dentro de una interpretación de corte crítico, entendiéndolo por tal la subsunción en aquel tipo de soluciones que derivan de sus esquemas o estructuras sistemáticas.

El factum de la moralidad para Kant no es únicamente la aparición de la ley moral en la conciencia, sino a la par una formulación e interpretación. La conciencia de esta ley fundamental puédesela llamar un hecho de la razón no porque se la pueda deducir por razonamientos de datos precedentes de la razón, por ejemplo de la conciencia de libertad (porque esta conciencia no es dada antes), sino porque ella se nos impone por sí misma como proposición sintética y no tiene su fundamento en ninguna institución, ni pura, ni empírica.

Pero el factum es inmediatamente interpretado desde principios inevidentes.

Este factum por su sola apariencia como algo absoluto es sin más interpretada como realidad en su raíz y principio de la autonomía de la voluntad y fundamento ontológico de posibilidades metafísicas. El fundamento de lo ético deriva así de la razón, fuera la cual precisamente por ser pura no puede formular la ética sino un término de categoría absoluta y necesidad o sea de una forma imperativa categórica.

De esta suerte el factum de la moralidad no puede apresar contenidos, no puede contener valores, no expresa esencias morales sobre las que se sostenga. Es pura expresión vacía y formal del deber, por el deber.

El deber no se apoya en el bien, en el valor o en la esencia moral como revelarían los datos fenomenológicos anteriores a toda posición ideológica ya que no se da un deber que no sea de algo y no esté sostenido por algún valor.

Al pasar el deber a ser la única categoría o forma de la eticidad, es decir el deber que expresa la determinación del mismo deber, se invierten los términos de lo ético. Porque ya algo no será valioso y bueno y por ello obligatorio, sino que por ser obligatorio será bueno y valioso.

La esenciabilidad de lo ético representada en la pura imperatividad del deber es la expresión simple y absoluta del deber como pura formalidad y legalidad. El deber legal y vacío es la forma del deber y es difícil que no se convierta, a falta de determinación alguna, en pura posibilidad.

Pero ¿es esto lo que nos dicen los datos primigenios de la conciencia espontánea sobre el hecho de la obligación anterior a toda interpretación filosófica?

Si la sistematización filosófica se llevase a cabo desde una adecuada y previa descripción fenomenológica del hecho moral tal como aparece en la conciencia espontánea prefilosófica es indudable que se vería claramente que la posición kantiana no encaja con lo que exige una fenomenología imparcial y anterior a la interpretación filosófica.

Kant yuxtapone hasta cierto punto el criticismo o mejor dicho subsume en él el dato primigenio de la moralidad pertinente a toda conciencia espontánea.

Pero con ello lo adultera y lo extravía. Ello no es óbice para que frecuentemente reconozca la existencia del dato espontáneo de la moralidad como hecho precrítico. Este hecho precrítico es no obstante sustantivamente el mismo factum de la moralidad descrito por él de una forma crítica.

Lo ético en su radicalidad no es, pues, derivado sino interpretado y arrastrado por las líneas generales de la posición criticista kantiana.

En cambio la metafísica no era dada sino que su estructura sistemática indicaba que tenía que ser deducida si ello fuera posible realizarlo, si bien allí el factum modélico de lo que la metafísica tenía que ser como ciencia venía dado por la ciencia empiriomatemática.

Aquí en la ética no hay propiamente hecho modélico. En su pura apariencia el factum de la moralidad kantiano como hecho de la razón se constituye autónomamente. La ética para Kant es puesta por sí misma, si bien esta posición no es reflexiva, y privativa de una tarea filosófica, sería anterior a ella y por esta causa un dato de la conciencia espontánea.

Kant apenas repara en esto de que lo ético sea propiamente un dato precrítico y prefilosófico, pero frecuentemente alude a ello sin darse suficiente cuenta de lo que ello representa y del valor fundamental que tiene para la construcción de la ética.

Por ella habrá que reparar más en la forma primaria de lo ético que es espontánea y prefilosófica. Avanzan desde ella por una fenomenología del dato que significa el hecho moral en la conciencia espontánea. Y habrá que ser riguroso y cauto en toda posible interpretación violenta que, como en el caso de Kant, desvía y adultera el problema.

Sin embargo en Kant mismo hay frecuentes alusiones al hecho moral como dato prefilosófico y más ya dentro de su sistema podríamos decir como estructura precrítica.

En la Fundamentación de la metafísica de las costumbres llega a expresar el hecho moral prefilosófico con las siguientes palabras:

«¿No se cree que es de la más urgente necesidad el elaborar por fin una filosofía moral pero que esté enteramente limpia de todo cuanto pueda ser empírico y perteneciente a la antropología? Que tiene que haber una filosofía moral semejante se advierte con evidencia por la idea del deber y de las leyes morales» (6).

Esta idea común del deber es un hecho en la conciencia espontánea que no da lugar a dudas sobre la existencia de una

(6) *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. (Traducción de G. Morante Madrid 1937, p. 14.)

eticidad de carácter universal y absoluto. Pero ese dato ¿nos dice sin más que su contenido haya de ser de naturaleza formal?

Esta es la derivación posterior y si se quiere adulteración que sufre a través del kantismo.

Kant ve por otra parte que la razón práctica incluso la del hombre vulgar es más segura y firme en cuanto al conocimiento y captación de lo ético que la especulativa en sus cometidos...

«porque la razón humana en lo moral, aun en el más vulgar entendimiento, puede ser fácilmente conducida a mayor exactitud y precisión: mientras que en el uso teórico pero puro, es enteramente dialéctica» (7).

Por esta aprensión prefilosófica de la ética en la que Kant apenas ha reflexionado sobre su alcance cabe un mayor esclarecimiento y seguridad en los asuntos morales. Por ello también una metafísica de las costumbres «es capaz de llegar a un grado notable de popularidad y acomodamiento al entendimiento vulgar» (8).

Es más, a partir del capítulo primero se propone Kant el tránsito del conocimiento moral vulgar de la razón al conocimiento filosófico.

Es decir que pretende «pasar analíticamente del conocimiento vulgar de la determinación al principio supremo del mismo, y luego volver sintéticamente de la comprobación de ese principio y de los orígenes del mismo hasta el conocimiento vulgar en donde encuentra su uso» (9). Lo espontáneo es el punto de partida y de resolución de las elucubraciones de la filosofía. Esta reflexión no sale del círculo de la base espontánea que le otorga lo espontáneo. Y esto hasta tal extremo que el uso de lo ético pertenece ordinariamente a la conciencia espontánea y vulgar.

«Así, pues, hemos llegado al principio del conocimiento moral de la razón vulgar del hombre. La razón vulgar no precisa este principio así abstractamente y en una forma universal; pero sin embargo, lo tiene continuamente ante los ojos y lo usa como criterio en sus enjuiciamientos. Fuera muy útil mostrar aquí con este compás en la mano, cómo sabe distinguir perfectamente en todos los casos que ocurren, qué es bien, qué es mal, qué conforme al deber o contrario al deber, cuando sin enseñarle nada nuevo, se le hace atender tan sólo como Sócrates hizo, a su propio principio y que no hace falta conciencia ni filosofía alguna para saber qué es lo que se debe hacer para ser honrado y bueno y hasta sabio y virtuoso. Y esto podía haberse sospechado de antemano: que el conocimiento de lo que todo hombre está obligado a hacer y por tanto, también a saber, es cosa que compete

(7) Ibid. p. 18.

(8) Ibid. p. 19.

(9) Ibid. p. 20.

a todos los hombres, incluso al más vulgar; y aquí puede verse no sin admiración cuán superior es la facultad práctica de juzgar a la teórica en el entendimiento vulgar humano. Kant debía haber valorado de otra forma este hecho. El hecho de que no se requiera iniciación científica ni amaestramiento para saber qué es lo bueno y lo malo condujo a Sócrates al innatismo. Pero esto es una interpretación. Y el hecho de la absolutez de lo ético tal como aparece en la conciencia espontánea le lleva al formalismo.

Ahora bien, si hubiera analizado y constatado o fijado nada más en una primera instancia el hecho moral de la conciencia espontánea hubiera observado que la dimensión pregnante de lo ético no es la necesidad del saber sino la valiosidad de aquello que constituye el núcleo de lo ético.

Uno de los autores en quienes cabe señalar un recurso constante al hecho espontáneo de la moralidad es Francisco Brentano.

Su libro clásico para este tema «El origen del conocimiento Moral» está en conexión con las líneas generales de su psicología de su lógica y de su epistemología. Sin embargo los datos originarios espontáneos y primeros de lo ético no quedan subsanados en lo psicológico. «Nadie —dice Brentano— ha determinado los principios del conocimiento —en la ética— del modo como los determino yo aquí. Y nadie... ha eliminado de una forma tan radical y completa el subjetivismo ético».

La manera como Brentano ha levantado de nuevo un objetivismo ético incluso en el plano espontáneo es ante la consideración de que el amor no descansa en lo subjetivo. Por el contrario es preciso amar lo que sea objetivamente digno de ser amado. Con ello el amor es fijado, reglado y exigido por su realidad objetiva. Brentano reconoce taxativamente que las bases mismas del objetivismo ético son inalcanzables sin un recurso a una cierta fundamentancia natural del orden moral.

No sólo por lo que atañe a la fundamentación ontológica sino incluso para el conocimiento de lo ético se requiere una postura natural que enraiza en la conciencia espontánea. Los presupuestos de una moral reflexiva son en todo caso naturales y espontáneos. La ley moral pertenece a toda conciencia personal y es no sólo universalmente válida sino además fácilmente cognoscible.

En este hecho que unánimemente es admitido por Platón, Aristóteles y la escolástica, están las dos dimensiones fundamentales del *factum* de la moralidad. La dimensión ontológica como registro de una ley universal inmutable, objetiva y válida, y la dimensión gnoseológica de su conocimiento natural y espontáneo.

Este hecho no obstante no es innato. Pero su descubrimiento a través de una experiencia elemental y espontánea es inmediato.

Brentano sugiere ya en este vértice una formulación acorde con lo que venimos sosteniendo en este escrito.

El carácter inmutable y necesariamente válido de la ley natu-

ral y su cognoscibilidad natural han hecho posible que incluso con los ojos en posiciones divergentes, y por procedimientos diversos, hayan alcanzado ideas éticas valiosas. Y esto es lo que aconteció a Kant y lo que explica que el vulgo posea notables conocimientos éticos empíricos.

Partiendo de este hecho espontáneo de la aparición de lo ético a tenor de sus posiciones filosóficas generales, opina el filósofo que también lo ético ha de tener un fundamento empírico:

Si lo ético se refleja primeramente en la ley natural en cuanto pertinente a la conciencia espontánea del hombre, es indudable que no se trata de algo innato sino que hay que descubrirlo. Y lo característico de esa ley moral es la sanción natural. El problema, pues, se reconduce a saber en qué pueda consistir esa sanción natural. Desde luego la sanción no puede radicar en un impulso sentimental, ni en las costumbres. Ni se debe obrar porque se espera algo, o se teme algo, o sea que la sanción natural de lo ético no puede radicar en motivos de índole semejante.

La peculiaridad de lo ético en cuanto válidamente moral debe ser algo que la asemeje a los mandatos de la lógica como reglas verdaderamente válidas a las que se tiene que ajustar todo juicio: Del mismo modo en la moral ha de haber reglas que fundamenten los juicios morales y su preferencia. Y esa preferencia no se puede fundamentar sino en la estructura objetiva interior, por la que por ejemplo objetiva y necesariamente preferimos el bien al mal.

La fundamentación reflexiva de lo ético remite así a una radicalidad anterior de apertura aprobativa del espíritu de la valiosidad y de desaprobación de la disvaliosidad. No otra es la significación de la preferencia como toma de posición frente a la valiosidad.

La determinación del Ethos

La determinación de la Etica es subsidiaria de la fijación del Ethos. La cuestión se reconduce a señalar cual es la realidad a que positivamente se refiere el campo ya de suyo vario y analógico del ethos para partir de allí y una vez mentado el hecho primordial de lo ético trazar desde su vértice las directrices más o menos ideales y universales que permiten una sistematización con valor objetivo. No será únicamente éste el procedimiento, pero por ahora quede esbozado este plan metodológico que nos ha de guiar en la investigación.

Ahora bien, aun cuando la apelación de lo ético se aplica incluso en una dimensión directa y prerreflexiva del pensamiento a varias categorías que no están ubicadas en una misma línea de realidad, sin embargo, es indudable que la atribución primordial de lo ético se verifica en los hechos humanos llamados

morales. Lo ético opera primeramente y de una manera fundamental con los hechos morales. He aquí el gran factor de la moralidad la existencia del hecho moral. Este hecho moral se patentiza fundamentalmente en la conducta y en la conciencia humana. Cualquiera que sea la explicación que pueda darse de este hecho, o la fundamentación en que haya de ser anclado y las articulaciones gnoseológicas y metafísicas que de él pueden derivarse es indudable que cuando aludimos al hecho moral nos encontramos con un ente existente de validez universal. El hecho moral es algo existencial, algo que también podemos considerar vivo y operante en la conciencia humana y en la realidad misma humana. Es algo que se da necesariamente en el hombre que afecta a su existencia vivida de una manera radical y profunda que está entitativamente vinculado a su destino.

Todos los filósofos que han especulado sobre la ética han partido de un «factum» anterior a su reflexión. Pero este hecho pertenece a toda conciencia normal humana, la del sabio y la del ignorante. «Hay en todos los hombres —afirma Balmes— ideas morales, bueno, malo, virtud, vicio, lícito, ilícito, derecho, deber, obligación, culpa, responsabilidad, mérito, demérito; son palabras que emplea el ignorante, como el sabio en todos los tiempos y países, este es un lenguaje perfectamente entendido por todo el linaje humano, sean cualesquiera las diferencias en cuanto a la aplicación del significado a los casos particulares» (10). Ahora bien, estas significaciones ¿tendrían sentido si no se diese en la conciencia humana el factum de la moralidad? La significación de los vocablos su sentido profundo alude a algo que se da únicamente por referencia al hombre en cuanto tal hombre. Si el hombre no viviese él mismo la moral y no se le plantease el problema del ethos con la responsabilidad y gravedad con que le está encarado, no se le podría explicar.

Es un hecho prefilosófico que la filosofía no lo pone ni lo construye ni lo funda y diríamos que ni siquiera lo descubre sino sobre el cual reflexiona.

1º La filosofía no crea este hecho moral sino que se encuentra con él como dato para su reflexión y para la erección de la conciencia.

2º El hombre es moral por naturaleza y en concreto es un agente moral de suerte que no puede organizar su existencia ni desenvolverla sin encararse con los valores morales.

«Las cuestiones de los filósofos —agrega Balmes— sobre la naturaleza de las ideas morales, confirman la existencia de las mismas, no se buscaría lo que son si no se supiese que son. No cabe señalar un hecho más general que éste: no cabe designar

(10) Balmes *Filosofía Elemental Etica*, cap. 1.º

un orden de ideas de que nos sea más imposible despojarnos; el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia a prescindir de la existencia del orden moral como de la del mundo que percibe con los sentidos» (11).

Aun la conciencia amorala se determina con una cierta intencionalidad negativa por referencia a la moral.

«Imaginaos —dice Balmes— el ateo más corrompido, el que con mayor imprudencia, se mofa, de lo más santo, que profese el principio de que la moral es una quimera y de que sólo hay que mirar la utilidad en todo, buscando el placer y huyendo el dolor; ese monstruo tal como es no llega todavía a ser tan perverso como él quisiera, pues no consigue despojarse, de las ideas morales. Hágase la prueba: dígasele que un amigo a quien ha dispensado muchos favores, acaba de hacerle traición. ¡Qué ingratitud! —exclama— ¡Qué iniquidad! Y no advierte que la ingratitud y la iniquidad son cosas de orden puramente moral que él se empeñará en negar. Figurémonos que el amigo traidor se presenta y dice al ofendido: Es cierto yo he hecho lo que usted llama una traición; usted me dispensaba favores: pero como de la traición me resultaba una utilidad mayor que de los beneficios de usted he creído que era una puerilidad el reparar en la justicia y en el agradecimiento. ¿Podrá el filósofo dejar de irritarse a la vista de tamaña imprudencia? ¿No es probable que le llamará infame, malvado, monstruo y otros epítetos que le sugiera la cólera? Y no obstante este es el mismo filósofo que sostenía no haber orden moral y que ahora le proclama con una contradicción tan elocuente. Quitad el interés propio y hacédle simple espectador de acciones morales e inmorales y la contradicción será la misma» (12).

El orden bipolar y cualitativo de la moral pertenece ineludiblemente al orden de las valoraciones humanas porque previamente se da existencialmente en el orden de las realidades humanas. Por muy alejadas presuposiciones que hagamos, para descartar de la conciencia humana el factum de la moralidad tal propósito resulta impracticable, pues ni siquiera la conciencia del ateo es ajena a las valoraciones morales. Incluso entre los que niegan teóricamente lo ético no desaparecen las categorías morales en el plano de la realidad existencial. Y es que suele acontecer que en el mismo orden intelectual *una negación de las ideas morales* sólo suele verificarse contradictoriamente en *una zona de él, pero no enteramente en todo el ámbito del pensamiento.*

JOSE IGNACIO ALCORTA,
Catedrático de Ética.

(11) Ibid.

(12) Ibid.